



trucciones en honor de su padre Amon-Ra, rey de los dioses; ha hecho construir la gran sala de asamblea en buena piedra arenisca, sostenida por grandes columnas con capiteles imitando flores abiertas, guarnecidas de columnas más pequeñas con capiteles, imitando un capullo de loto truncado, sala que consagra al señor de los dioses, esto es lo que ha hecho el rey mientras vivió.» Luego está el Dios supremo, acompañado de las divinidades inferiores que vienen á habitar este monumento elevado á su gloria; las divinidades inferiores le rinden sus adoraciones y le ruegan por su hijo Rhamsés. El rey de los dioses da la institución real al héroe egipcio, le entrega la guadaña de la batalla con los emblemas de la dirección y de la moderación, el látigo y el cayado, pronunciando la fórmula siguiente: «Hé aquí lo que dice Amon-Ra, que preside en el Rhamesseion: recibe la guadaña de la batalla, para contener á las naciones extranjeras y cortar la cabeza de los impuros; toma el látigo y el cayado para dirigir la tierra de Kemes (el Egipto).»

Los cuadros de ciudades sitiadas se encuentran lo mismo en los palacios de Ibsanbul, de Derri y de Luqsor; pero las inscripciones que las acompañan indican que todos estos monumentos son de Rhamsés el Grande, ó Sesostris, y que reproducen los sucesos de la misma expedición. En fin, estos palacios aparecen como otras tantas epopeyas ó ilíadas, en arquitectura, escultura y pintura (1). Cuando se considera que todas estas maravillas se remontan al tiempo de Moisés, no se admiran ya las obras en oro, plata y adorno, que este legislador, instruido en toda la sabiduría del Egipto, hace ejecutar para el tabernáculo del Señor.

Decimos que estos monumentos datan de esta remota época; y en efecto, según un cálculo cuyas bases hemos expuesto, se ha reconocido que Sesostris, ó Rhamsés el Grande, sucedió á su padre Rhamsés V, ó Amenofis, el año 1473 antes de nuestra era, y reinó en el Egipto hasta el año 1418. Así pues, su advenimiento al trono tuvo lugar 17 ó 18 años des-

(1) Carta de M. Champollion.

pues de la salida de Israel, colocada comúnmente en 1491.

Por otro lado, Diodoro de Sicilia (1) nos dice que la expedición de Sesostris, emprendida en los comienzos de su reinado, se terminó en su noveno año, es decir, mientras los israelitas viajaban por el desierto y antes que entrasen en la Palestina; esto explica por qué la Escritura no habla de este conquistador. La relación del historiador griego acaba de ser confirmada de una manera muy inesperada. El nuevo intérprete de jeroglíficos, partiendo para su expedición científica del Egipto, descubrió en Marsella, sobre un rollo de papiro, escrita en antiguo egipcio y con caracteres populares, una *historia de las campañas de Sesostris Rhamsés*, llena de detalles circunstanciados sobre sus conquistas, la fuerza y la disposición de su ejército, la cual fué escrita en el noveno año de su reinado, es decir, según Diodoro, en el de su vuelta á Egipto. Y este no es el único descubrimiento de este género. Hay además un sinnúmero de manuscritos depositados en los sepulcros particulares con las momias, y también una especie de ritual funerario, en donde se descubren las antiguas creencias del Egipto sobre Dios, el hombre y la otra vida. Asimismo se han encontrado numerosos manuscritos que dan á conocer diversos actos de los monarcas egipcios, y llevan sus nombres y las fechas de los años de su reinado. A esta clase pertenece una serie de papiros que, relegados por largo tiempo al olvido en el museo de Turin, han sido felizmente reconocidos por el hermes francés; es tan notable esta colección por el número y variedad de sus piezas, que se ha llegado á sospechar que formaba por sí sola los archivos completos de un templo ó de algún otro depósito público.

Allí se han encontrado un prodigioso número de actas, pertenecientes en su mayor parte á la décimoctava dinastía, que reinó durante la estancia de los hebreos en Egipto, alguna de las cuales no es posterior á la decimanovena, que terminó hácia el tiempo de Gedeon. Pe-

(1) Lib. I, c. LV.



ro el más notable de todos estos documentos, y ciertamente el manuscrito *más antiguo* conocido hasta el día, contiene un acta del quinto año del reinado de Thuthmsis III, quinto rey de la décimoctava dinastía. Según la cronología más comúnmente adoptada, este rey, llamado por los antiguos cronologistas Mifra, ó Mifres, cuya identidad con el Moeris de los historiadores griegos han reconocido los hermanos Champollion; este rey, decimos, sería el Faraon que gobernaba el Egipto cuando el hijo de Jacob llegó allí, y cuyas tropas mandaba Putifar, el amo de José.

Estos manuscritos, de más de treinta siglos, nos hacen ver cómo el ejemplar de la ley escrito por Moisés ha podido conservarse de la misma manera, y encontrarse después de más de ocho siglos en tiempo del rey Josías.

Manethon nos refiere además otra particularidad acerca de Sethos-Rhamsés, ó Sesostris; llamábase también Egyptus, y de él es de quien tomó todo el país el nombre de Egipto. Su hermano Harnais se llamaba igualmente Danaüs. Sesostris le había confiado la administración del reino durante su ausencia; pero abusó de esta autoridad para hacerse él mismo rey. Regresó Sesostris al saber esta nueva, y le castigó. Armais, ó Danaüs, huyó entonces á Grecia, y valió á los griegos uno de sus nombres, Danaenos (1). Por otro lado, Diodoro de Sicilia cuenta, según Hecates de Mileto, que habiendo castigado la peste en pasados tiempos al Egipto, los indígenas expulsaron á los extranjeros, que se habían establecido allí en gran número y habían debilitado mucho el culto nacional de los dioses. Entre estos emigrantes, unos se dirigieron á Grecia, mandados por Danaüs y Cadmo; otros á la Judea, mandados por Moisés, que proscibía los ídolos, no reconociendo más que un Dios que todo lo gobernaba, y organizó un culto diferente de los demás bajo la dirección de un soberano pontífice (2). Hé aquí cómo los testimonios de Manethon, de Hecates y de Diodoro se completan mutuamente, para atestiguar que Moisés, Danaüs y Sesostris eran contemporáneos.

(1) Manetho apud Joseph. Corint. App., lib. I.

(2) Diodoro, apud Phot. Biblioth. col. 1.151.

No hace cien años que la impiedad abusaba de todo lo que se sabía ó no se sabía acerca del Egipto, para impugnar los libros santos. Su antigüedad adelantaba la creación bíblica del mundo; Moisés no pudo escribir el Pentateuco, porque en su tiempo no se hacía más que grabar, y otras cien cosas parecidas. El último siglo tocaba á su fin, cuando Sesostris Buonaparte, á la cabeza de los ejércitos franceses recorrió el antiguo reino de Sesostris-Rhamsés. Mientras que se batían los soldados, diseñaban sábios las pirámides, las tumbas, los templos, los seculares palacios; copiaban, sin entenderlos, los jeroglíficos, los emblemas; no había más que un monumento que ellos comprendían: era este una representación astronómica que se remontaba por lo ménos á algunos millares de siglos. Moisés estaba convicto de falsedad, haciéndonos el mundo mucho más joven; este salvador de Israel, figura del Salvador de la humanidad, parecía expuesto de nuevo á perecer sobre las orillas del Nilo, y con él la antigua y la nueva alianza; pero del mismo modo que otras veces, la salvación vino de donde procedía la persecución; el hijo de los Faraones, el Egipto, salió de sus palacios y de sus templos en ruina, con sus viejos jeroglíficos; el velo que le cubría en todos tiempos fué levantado por un sábio francés; los jeroglíficos, tan largo tiempo mudos, hablaron, y hablaron como un eco de la Biblia; y los triunfantes sofismas de la impiedad desaparecieron como los carros y la caballería de Amenofis en el mar Rojo; y el zodiaco de Denderah no se remonta más que al principio de la era cristiana; no es otra cosa que una representación supersticiosa de astrología; y esos Faraones que han sembrado los museos de papiros y el Egipto de maravillas arquitectónicas, resulta que han reinado desde Abraham hasta Moisés: de aquí en adelante, el JEROGLÍFICO ya no dice más que la ESCRITURA.

Si en el período más glorioso de su historia es cuando el Egipto tuvo ante sus ojos las lecciones y el ejemplo de Israel, en el período más glorioso de su historia, cuando florecían las artes y las ciencias, es cuando fué castigado y enseñado por Dios; su Sesostris, conquistando la Libia, el Asia y la Tracia, podía anunciar en



ellas el poder del Señor. No olvidaron la enseñanza los filisteos. Castigados con diversas plagas porque habían tomado el arca del Señor, sus sacerdotes les dijeron: «¿Por qué endureceis vuestros corazones, como lo hizo el Egipto y Faraon? Cuando este fué castigado, ¿no les despidió y ellos se fueron (1)? Despues de ocho siglos, los ammonistas se acordarán todavía. Su rey Achior dirá á Holofernes: Un rey de Egipto les colmó de trabajos en barro y ladrillos para la construcción de sus ciudades; clamaron á su Dios, y castigó con diversas plagas toda la tierra de Egipto. Los egipcios les expulsaron entonces; pero viéndose libres del castigo, quisieron reducirles de nuevo á esclavitud. Huyendo estos, el Dios del cielo les abrió el mar, de tal manera que las aguas se endurecieron de uno y otro lado como una muralla, y atravesaron el fondo de la mar á pié enjuto; habiéndoles perseguido un innumerable ejército de egipcios, fué sumergido entre las embravecidas olas, de manera que no quedó ni uno solo para dar la nueva á la posteridad (2). Hé aquí cómo hablará al generalísimo de los ejércitos asirios; hé aquí cómo desde entonces los dispersos se unirán á Israel para celebrar su maravillosa salida de Egipto.»

Todo esto, sin duda, es ya muy grande y magnífico, y sin embargo, todo esto no es más que la imagen, el jeroglífico de algo más magnífico y grande.

Israel, esclavizado en Egipto, libertado por una serie de prodigios, atravesando á pié enjuto el mar Rojo, educado en los combates, en el

(1) 1 Reg., c. VI, v. 6.
(2) Judith, c. V.

desierto, conquistando la tierra prometida para esperar en ella los gloriosos reinados de David y Salomon; este primer Israel es el germen, el embrión de un Israel nuevo, que debe comprender á los verdaderos israelitas, los fieles de todas las naciones. Aquí el Egipto es el mundo entero, los Faraones son los Césares romanos; la víctima de la liberación, es el cordero de Dios inmolándose en la noche de la Pascua de una manera incruenta sobre la mesa mística, dándose allí en manjar á sus discípulos, y al día siguiente inmolándose de una manera sangrienta sobre la cruz por mano de los soldados de César; las tres jornadas de camino para llegar al mar Rojo, son tres siglos de persecución para llegar á la inundación de los bárbaros; la Iglesia, nuevo Israel, atraviesa este diluvio de sangre como un bautismo; el imperio romano perece allí como en un abismo, un sepulcro; la Iglesia continúa su marcha á través de un horrible desierto, la humanidad en ruina, los reinos desplomados; lleva en su seno, no ya doce tribus, sino una docena de feroces é indomables naciones que es necesario criar y educar en la vida cristiana. En fin, como en otro tiempo, Israel mandado por Josué, vicario temporal de Moisés, y de Eleazar, su vicario espiritual, que servía de norma al otro; así también la Iglesia, bajo el mando del pontífice romano, vicario espiritual de Cristo, y de Carlomagno, su vicario temporal, tomará posesión de su tierra prometida: el Universo.

La posesión no tiene todavía la extensión de la promesa; pero esto no será sino bajo otro reinado de David y Salomon, el segundo advenimiento de Cristo, con el cual la Iglesia triunfante entrará para siempre en su celeste herencia.

(1) Manifiesto para el pueblo de España, 1808.
(2) Historia de España, tomo I, p. 115.

CAPÍTULO VI

Ley escrita, sus relaciones con el pasado, el presente y el porvenir.—Ideal de una sociedad perfecta, según Confucio, Platon y Ciceron.—Su realización en la Iglesia Católica y su bosquejo en la constitución judaica.—Ideas de Platon sobre la marcha que debe seguirse para introducir en la humanidad esta perfección social, realizada por la Providencia en la formación y desenvolvimiento progresivo de la Iglesia Católica, y en la restauración del hombre espiritual.—Viaje por el desierto.—Las aguas amargas.—Murmuraciones.—La madera que las endulza, figura de la cruz.—Las doce fuentes y las setenta palmas de Elim, figuran los doce apóstoles y los setenta y dos discípulos.—Hambre en el desierto; murmuraciones.—Las codornices.—El maná; modo de recogerle; su descripción.—El ambrosia de los paganos.—Maná conservado en el tabernáculo.—Falta de agua en el desierto de Rafidim; murmuraciones; Moisés hiere la roca.

Ya en otro lugar (1) consignamos el ideal de Confucio, Platon y Ciceron para lograr la más perfecta y ordenada dirección social en los imperios; mas importó al presente comparar todo aquello que ofrece como más notable el pensamiento humano, con la ley mosaica; tanta es la sublimidad y grandeza de esta, que bien se alcanza desde luego á conocer la pequeñez del hombre en aquellos ideales, y la grandeza de Dios en esta ley.

Tres de los más grandes genios de la antigüedad, entre los chinos, griegos y romanos, han buscado, uno en pos de otro, cuál debia ser la base de una sociedad para conseguir su perfección.

Pues bien: lo que han imaginado de más perfecto en esta vida Confucio, Platon y Ciceron, lo veremos realizado en Moisés y en Cristo; de otra suerte, en la Iglesia católica.

Confucio, ó Kung-Fut-Tsé, á quien la China llama el *santo maestro*, nació en el siglo VI antes de la era cristiana, cerca de diez siglos despues de Moisés, y hácia el tiempo en que el profeta Daniel era el jefe de los magos de Persia y de los sábios de Babilonia.

Goza todavía hoy de una veneración casi religiosa. Subsiste aún su familia, y es la más ilustre del imperio. En cuanto á sus principios

sobre la base de un buen gobierno, se les encuentra en los *Kings*, ó libros sagrados, de los cuales fué él el redactor, y en los comentarios que han hecho sus innumerables discípulos. Sin salir del *Chu-king*, que es el más conocido, en él se ve un supremo Señor, un cielo soberanamente inteligente, en cuyo corazón todo está marcado distintamente, que perdona al arrepentido, que se deja mover por las súplicas, que escucha el grito de los pueblos, que da órdenes para deponer los malos reyes y sustituirles por otros. Del cielo proceden las nuevas reglas de gobierno. Un rey debe cuidar con respeto de los pueblos, porque todos son hijos del cielo. Si no se da la orden por el Chang-ti, ó soberano Señor, ningún reino en las cuatro partes del mundo puede ser destruido. Las leyes son las órdenes del cielo. El cielo es el que ha establecido la distinción de los deberes, de los estados, de las ceremonias, de vestidos y de suplicios. Todos los cargos públicos son comisiones del cielo. Un juez imita la virtud del cielo ejerciendo el derecho de vida y muerte; el cielo se asocia á él. Vosotros, que en las cuatro partes presidís el gobierno, dice un rey, vosotros, que estais nombrados para hacer ejecutar las leyes penales, ¿no estais en lugar del cielo para ser los pastores de los pueblos? Temo y guardo reserva cuando se trata de los cinco suplicios; resulta de su institución una gran ventaja; el cielo intentó por este medio socorrer á los pueblos,

(1) Tomo I, págs. 67 y siguientes.